

# I

## EL IMBÉCIL

Tal vez la particularidad más característica —y a su vez espeluznante— de esta tiranía, es que el propio tirano no es consciente de su condición. Resulta lógico, después de todo hablamos de un imbécil; pero es que es precisamente este desconocimiento por su parte lo que perpetúa su despiadada tiranía. No hablamos de una mala persona, de un déspota o de un estadista con convicciones totalitaristas; hablamos de un imbécil que no alberga la más remota sospecha del poder que posee ni de cómo lo sufrimos el resto.<sup>2</sup> Hasta tal punto llega su inconsciencia, que ya no solo ignora su ejercicio como tirano sino que sufre y padece las consecuencias de su propia tiranía como el que más. Se siente, en definitiva, como la más irremediable de las víctimas de la tiranía de los imbéciles.

Suena paradójico, lo sé, pero por otra parte hay que reconocer que resultaba inevitable, ya que si se puede

---

<sup>2</sup>Dice Arturo Pérez-Reverte que «Un imbécil puede convertirse en el peor de los malvados. Precisamente por imbécil».

definir a nuestro tirano de una manera, es como una «víctima patológica». Es la víctima perfecta; la víctima total. El imbécil es un sujeto pasivo y la vida para él es algo que le ocurre sin que pueda hacer nada para evitarlo o cambiarlo. Como la retención de tráfico que sufre todos los días a la misma hora en el mismo lugar; le resulta insoportable, se pregunta si no habrá hecho algo muy malo en otra vida para padecer a diario semejante tortura, pero jamás intentará evitarla o se planteará la posibilidad de que es él el que la origina. Para cualquiera resulta obvio que es la resignación determinista de los imbéciles lo que provoca las retenciones periódicas, pero no para el imbécil; para éste siempre son los otros conductores los que deberían buscar rutas, horarios o medios de transporte alternativos y los que, al no hacerlo, le convierten a él en víctima de sus propios actos. Del mismo modo, a pesar de resultar obvio que forma parte de la Sociedad, siempre se refiere a ésta en tercera persona. Habla de la Sociedad o el sistema como unos entes ajenos y misteriosos que lo condicionan todo sin que él pueda o deba hacer nada al respecto, como solo un imbécil o una persona muy inmadura podrían hacer; y los responsabiliza de sus padecimientos y calamidades.

Porque una cosa es que el imbécil no se sienta responsable de ningún aspecto de su existencia, y otra muy diferente que piense que su vida no es responsabilidad de nadie. Todo lo contrario. El imbécil buscará siempre culpables y responsables para absolutamente todo. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Aún no sé si se trata de un mecanismo de autodefensa que ha desarrollado –desde el momento en que señala a un responsable

distinto a él mismo, quedaría de algún modo eximido de su propia responsabilidad— o de simple incapacidad para comprender cómo unas cosas llevan a otras o cómo ciertas cosas sencillamente suceden. La cuestión es que es cada vez más habitual encontrárselos exigiendo responsabilidades por los asuntos más variopintos. ¿No se han fijado nunca en la cantidad de imbéciles que salen por televisión exigiendo soluciones cuando un temporal o la nieve provocan la cancelación de vuelos? ¿Qué entienden estas personas por *falta de previsión*? ¿Es que pretenden que el ministerio correspondiente imponga fronteras a los temporales cuando éstos sean anunciados con una antelación razonable? Y lo mismo cuando se cierran carreteras. ¿Cómo es posible que no *estuviese previsto*? ¿Cómo es posible que no haya cientos de miles de millones de máquinas quitanieves trabajando para que yo pueda circular? ¿Cómo que por qué no llevo cadenas? ¿Es que no pago yo mis impuestos para que ustedes se ocupen de estas cosas? Y no hablemos ya de auténticas catástrofes naturales, que no me negarán que a la luz de muchos discursos talmente parecía que el Katrina lo hubiese provocado George Bush desde el despacho oval, o que el terremoto y posterior tsunami de Japón de 2011 lo hubiesen organizado los defensores de la energía nuclear...

Así es como, de la mano de los imbéciles, nos hemos convertido en aquello a lo que Julio Llamazares se refiere como «La sociedad infantilizada» o «La sociedad sin culpa». Una sociedad que mira a las instituciones como un niño pequeño a sus padres, dejándose caer en sus brazos y convencida de que éstos solucionarán cualquier cosa que pueda ocurrir; sea la cena, una tormenta, el frío

o las ganas de hacer pis. Una sociedad que no asume activamente el papel protagonista de su propia existencia y mucho menos la responsabilidad de sus propios actos. Una sociedad que Javier Marías retrata a la perfección con su ironía: «Me trajeron al mundo, ¿qué culpa tengo yo de lo que hago? Que carguen con ella mis padres, y, si ya están bajo tierra, entonces el Estado. Al fin y al cabo les consintió tener hijos, a quién se le ocurre».

Y tal vez a alguno pueda sonarle excesivo o incluso catastrofista, pero ¿cómo si no explican la cantidad de individuos que, estallada la crisis financiera, culpan a los bancos de concederles préstamos que no podían pagar? Que no pretendo eximir a la banca de su manifiesta culpabilidad en todo ello. Que incluso admito que en ciertos casos el director de alguna sucursal haya obligado a algún pobre infeliz a firmar su hipoteca a punta de pistola. Pero es un hecho que en la inmensa mayoría de los casos las supuestas víctimas voluntariamente solicitaron y obtuvieron préstamos hipotecarios que sabían (o, como mínimo, deberían haber sabido) que no podían pagar. Que bien es verdad que la banca incluye hojas y hojas de letra pequeña prácticamente indescifrable; pero no se puede obviar la responsabilidad del que es suficientemente imbécil como para firmar algo así, o para pensar que los bancos estaban regalando casas. Pues éstos se ven a sí mismos como los peores afectados por la crisis llegando a la desfachatez de pretender inspirar compasión a los que por culpa de todo esto han perdido su empleo; después de todo, ellos han perdido su casa. El hecho de que nunca tuvieron el poder adquisitivo necesario para obtenerla o las consecuencias de su insensatez sobre todo el sistema

no importan. La culpa es de los bancos, y toca exigir al Estado o a la Sociedad que resuelva el problema. Al fin y al cabo, ellos son víctimas inocentes.

Uno puede darle todas las lecturas que quiera, pero al final la interpretación inevitable es que el imbécil reclama porque nadie le ha impedido obtener el préstamo que en su día solicitó. Protesta porque nadie evitó que actuase conforme a su propio criterio y juicio. Reclama, en definitiva, por haber permitido que fuese él mismo quien decidiese si podía o no podía permitirse el préstamo o la hipoteca en cuestión. Como algunos turistas que estaban en Túnez al estallar la revolución de los jazmines. Aún no habían terminado de llegar a sus casas y ya estaban anunciando que presentarían demandas contra las agencias de viajes que les habían permitido acudir a su destino a pesar de la que se avecinaba. Como si los agentes de viajes tuviesen la obligación de conocer el futuro o, aún peor, como si la responsabilidad de intentar saber lo que uno se va a encontrar al llegar a su destino fuese más del vendedor de billetes que del propio viajero. Porque ningún ser humano, por imbécil que sea, cree que los agentes de viajes tengan acceso a información confidencial, reservada o vetada al resto de los mortales ¿verdad? Entonces ¿qué querían demandar en realidad? ¿que el empleado de una agencia de viajes que vende pasajes para todos los países del mundo no haya leído o sabido interpretar las noticias referentes a Túnez que tampoco él ha leído o sabido interpretar a pesar de que iba a personarse allí?

El imbécil pretende pues ser tratado como un niño pequeño incapaz de juzgar lo que puede o no puede

hacer, para el que únicamente existe lo que sus padres le permiten o no le permiten hacer; y si la experiencia demuestra que no era buena idea, la culpa siempre será de los que juzgaron mal la situación y le dieron luz verde. Como el banco que le concedió el préstamo o la agencia que le vendió el billete a Túnez.

Define Herminio Castella la madurez como «asumir la libertad». A la luz de la experiencia parece que el imbécil no solo carece de esta madurez, sino que no entiende que deba adquirirla. Imaginemos, por ejemplo, a un adolescente al que sus padres dejan solo en casa un fin de semana, o confían un dinero del que solo debe gastar parte, o permiten salir por la noche a condición de no llegar pasada una hora o de, por ejemplo, no beber alcohol. Si resulta que la casa no está en las condiciones debidas al regreso de los padres, o se gasta más de lo estipulado, o llega tarde o al hacerlo exhibe ciertos síntomas de embriaguez; en la mayoría de los casos mostrará vergüenza y arrepentimiento, hará propósito de enmienda y jurará actuar con mayor madurez en la próxima ocasión en que se confíe en él. Lo que nunca hará (exceptuando, por supuesto, al imbécil precoz) será señalar a sus padres como culpables y recriminarles por haber confiado en él, cuando resulta obvio que no está capacitado para asumir semejante responsabilidad. Y no lo hará porque sabe que si lo hace sus padres optarán lógicamente por no volver a dejarle quedarse solo en casa, o por no permitirle manejar dinero o por no dejarle salir por la noche. En definitiva, no lo hace porque se arriesga a perder las libertades que acaba de adquirir. Ahora bien ¿han visto ustedes a algún imbécil

prometiendo no volver a pedir un préstamo sin calcular antes si lo puede devolver? ¿han visto a alguno de estos «afectados por la crisis» jurar no volver a firmar ningún contrato sin comprenderlo en su totalidad? ¿acaso me lo he perdido cuando salió uno por la tele contando su experiencia en Túnez y recomendando que aprendan de su caso y no se presenten en un país que no conocen sin echar un vistazo antes a los periódicos o enterándose por Internet de lo que se pueden encontrar? ¿O al menos sin aceptar que en un viaje pueden acontecer todo tipo de imprevistos? Pues claro que no. Y esto solo se puede explicar de una manera: aunque el imbécil no es consciente de ello, no se siente capacitado para ejercer su libertad y exige que no le permitan hacerlo. Explica C. W. Mills que «la libertad no es solo la posibilidad de hacer lo que uno quiera; tampoco es solo la posibilidad de escoger entre alternativas establecidas. La libertad es, primero, la oportunidad de formular las opciones disponibles, para discutir las y solo entonces, la oportunidad de elegir.» Así pues, por antinatural o descabellado que pueda parecer, el imbécil exige que le libren de su propia libertad.

## La solidaridad excluyente

A la alergia que le tiene el imbécil a la libertad y sus consecuencias llegaremos más adelante. Por ahora basta con que entendamos que el imbécil es víctima de todo hasta el punto de llegar a considerarse víctima sin remedio de su propia libertad. Decía G. B. Shaw que «la libertad significa responsabilidad», y si algo resulta incuestionable sobre el imbécil es su total y absoluta incapacidad para responsabilizarse de nada. Responsabilizará a terceros de sus propios actos, y hará caso omiso de todo lo demás. Porque, tal y como decíamos al principio, para el imbécil su propia existencia es algo que simplemente le ocurre sin que él pueda hacer nada por evitarlo o cambiarlo. Y así es, de hecho, que lo más parecido a una reacción proactiva que cabe esperar del imbécil ante la injusticia, el dolor o cualquier acontecimiento negativo de la vida es la solidaridad. Aunque, por desgracia, la solidaridad en manos de un imbécil se puede convertir en un maquiavélico mecanismo tiranizador.

El ejercicio de la solidaridad no tendría que ser un problema si el imbécil la entendiese como su propia definición la describe (adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros), pero es que para él la solidaridad no es más que un sentimiento de empatía hacia otras víctimas. Así, cuando anuncia que se solidariza lo que está diciendo en realidad es que comprende el sufrimiento de las víctimas mejor que nadie, de hecho él es también una víctima inocente de la vida. La auténtica perversión es que su solidaridad agrupa a unos y excluye a los demás. Al solidarizarse, lo que hace el imbécil es dividir al mundo entre sus semejantes y el resto. Y,



siendo como son él y sus semejantes las víctimas, al resto no le queda otra que ser los responsables de sus padecimientos; tal y como ilustramos a continuación:

Una de tantas dramáticas estadísticas que como sociedad tenemos la obligación de corregir, es la de atropellos de peatones en nuestras ciudades. Por razones suficientemente obvias como para no extenderme en su explicación, en la práctica totalidad de los casos es el peatón el mayor damnificado, lo que a ojos del imbécil le convierte inmediatamente en la víctima, sin importarle lo más mínimo cómo se hayan desarrollado los acontecimientos. Siendo así, el peatón se convierte en merecedor de su más absoluta solidaridad; y ésta se traduce en adjudicar automáticamente toda la responsabilidad al conductor; hasta el punto que todas las campañas para intentar reducir los atropellos se dirigen a éste, con mensajes del tipo: «ayúdanos a mejorar la estadística». Pues bien, claro está que los conductores deben implicarse en la medida de lo posible en intentar evitar atropellar a nadie; pero ¿sabían ustedes que en la Unión Europea el 77 por ciento de los atropellos mortales se producen fuera del paso de peatones? ¿Sabían que en E.E. UU. ocurre lo mismo con un 65%? En otras palabras, que en bastante más de la mitad de los atropellos al menos parte de la culpa es adjudicable al peatón. Y no sé si sentir vergüenza como peatón u orgullo como conductor al escribirlo, pero en el caso de España la cifra de atropellos fuera del paso supera el 91%. Los conductores han de ser conscientes de que manejan un vehículo de más de una tonelada que puede segar la vida de cualquier persona que se interponga en su camino, y como sociedad tenemos un claro deber

de recordárselo periódicamente pero ¿no tendría cierta lógica, a la luz de las cifras, recordarle también al peatón de vez en cuando que si se topa con un coche lleva las de perder?

Cualquier persona con una mínima capacidad intelectual y sentidos de la vista y oído operativos puede reducir la posibilidad de ser atropellado hasta hacerla prácticamente insignificante. El «truco infalible para cruzar con seguridad» consiste en pensarse bien por dónde cruza uno y, sobre todo, no hacerlo sin antes mirar hacia ambos lados y cerciorarse de que no viene ningún vehículo con el que pueda encontrarse a medio camino. Bien es verdad que siempre puede atropellarte un coche mientras paseas por la acera, en medio de un parque, o incluso en tu salón mientras ves la tele si es que tu casa está junto a la carretera; y tampoco podemos obviar la existencia de personas con deficiencias visuales, auditivas o taras mentales. Sin ir tan lejos, en nuestras ciudades hay niños que por inconsciencia, inmadurez, o porque sus padres (por propio desconocimiento o simple dejadez) aún no les han transmitido el «truco infalible», que pueden invadir la calzada en el momento más inesperado. Es por estos casos que resulta fundamental concienciar a los conductores de la responsabilidad que supone sentarse al volante; mientras que para todos los demás deberíamos poder confiar en el sentido común de cualquiera que entienda los resultados de un encuentro a 50 por hora entre su cuerpo serrano y un Ford Focus.

Creo que no tengo que explicarle a nadie que el imbécil no lo ve así. Ha señalado al peatón como víctima, se ha solidarizado con ella y esto ha convertido

al conductor en único responsable. Y es por esto que a éste se dirigen todas las campañas. Incluso en aquellos casos en los que sea físicamente imposible culpar al conductor, culpabilizará al Estado por deficiencias en la señalización o directamente por no haber impedido a su semejante cruzar por ese lugar en ese preciso instante. La condición de víctima del peatón es tan inmutable como incuestionable, y lo que no dejará nunca de haber junto a la víctima es un culpable o verdugo.

Y así es como el imbécil divide al mundo en dos: sus semejantes y los demás; víctimas y responsables, buenos y malos. El imbécil no es responsable de absolutamente nada (ni tan siquiera de poner de su parte para evitar ser atropellado), y los otros son culpables de todos sus padecimientos y calamidades; el enemigo; los malos. Y me tienta mucho presentarme como el descubridor de esta visión dicotómica del imbécil; pero lo cierto es que las agencias de marketing y asesorías de imagen hace mucho tiempo ya que son conscientes de este fenómeno. ¿No se dan cuenta de cómo recurren a la victimización cuando uno de sus clientes necesita recuperar el favor del gran público? Por ejemplo, cuando a un actor de Hollywood o a un deportista famoso se le descubre una relación extramatrimonial o directamente relaciones con prostitutas. Para los imbéciles la ecuación es muy simple: *el tipo es responsable de unos hechos que terminan con una relación. Su cónyuge es una víctima de manual, lo que irremediamente convierte al actor o deportista o simplemente famoso en verdugo.* Y lo peor no es que sea el responsable, es que al serlo para los imbéciles deja automáticamente de ser «uno de los nuestros». ¿A qué recurren entonces los asesores

de imagen? Pues a comunicar que el picha-brava en cuestión padece adicción al sexo.

Y las personas en su sano juicio al escucharlo miran a su alrededor buscando a quién puede ir dirigido el mensaje, mientras se preguntan qué clase de cenutrio se va a tragar semejante desfachatez. Pero no el imbécil. Para éste de pronto la ecuación ha cambiado. Y lo importante no es si la excusa es buena, regular, mala o todo lo contrario; el meollo está en que aparece un nuevo verdugo, la responsabilidad es de la adicción. El interfecto vuelve a ser una víctima con la que nos podemos solidarizar. Tal vez al imbécil no le gusta lo que su ídolo ha hecho; pero al poner cara de tonto y responsabilizar a un tercero de sus propios actos deja claro que sigue siendo «uno de los suyos». Y que no me malinterprete nadie, que en ningún momento quiero decir que no crea en la existencia de la adicción al sexo o que minimizo su importancia; pero parece obvio que sí, tal y como sucede en Hollywood, todo el que acude a un puticlub la padece; a juzgar por el número de personas que viven de la prostitución la adicción al sexo no sería una enfermedad muy seria, sino una pandemia en toda regla.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> También resulta especialmente ilustrativo el caso de Michael Jackson. Incapaces de admitir que el tipo se mató a sí mismo consumiendo exageradas cantidades de drogas de diversas clases, hubo que buscar un verdugo y al final se condeno en juicio a su médico por homicidio involuntario. El hecho de que sepamos perfectamente que en ningún caso ese médico podría haber impedido que una persona con el dinero de Michael Jackson consumiese todo lo que quería consumir poco importa a los imbéciles. Ellos necesitan que su ídolo sea una víctima de manual con un responsable claramente identificado.

Pero, por si fuera poco quedar automáticamente exento de cualquier tipo de responsabilidad en toda situación o circunstancia; al identificar responsables o verdugos para todas las cosas, el imbécil también justifica el uso de una de las armas con las que nos tiraniza. Solo habiendo siempre un tercero a quien adjudicar cualquier responsabilidad, se puede entender el uso que hace el imbécil de la protesta.